

QUEVEDO



El tiempo, que es las más de las veces gran aclarador de misterios, descubridor de secretos y ocultos pensamientos; que fija y señala el verdadero punto de vista de los hombres y de las cosas, da motivo en algunas ocasiones, para que, a través de sus siglos y sus etapas, se desfigure y tuerza el verdadero concepto de los hechos, y la genuina representación de los hombres.

Esto acontece con respecto a Quevedo. De todos los grandes hombres de nuestro siglo de oro (entre los cuales figura Quevedo en primera línea y por propio derecho), ninguno es tan desconocido y al mismo tiempo tan popular, como él.

Esta afirmación, que parece, a primera vista una paradoja, se explica perfectamente teniendo en cuenta la infinidad de epigramas, cuentos y chistes, la mayor parte de subido color, que el vulgo le atribuye; y considerando después cuán reducido es el número de los que conocen las obras políticas, filosóficas y literarias, todas de extraordinario mérito, que Quevedo escribió.

No hay almanaque, periódico, o revista, que no acuda para su venta al tentador reclamo de los «chistes y epigramas» de Quevedo y Espronceda; y si bien es cierto que con esta manía ponen de manifiesto la inmensa popularidad de aquellos dos célebres ingenios, no es menos verdad también que atribuyéndoles obscenas e insignificantes producciones, que nunca escribieron, se amengua de este modo su fama, se extravía la opinión del verdadero conocimiento de las obras que produjeron, y se hace ofensa manifiesta al espíritu recto y a la nobleza de sentimientos de aquellos dos hombres extraordinarios; que si cada cual en su época, tuvieron el aliento suficiente para vulgarse fuera del estrecho molde de lo vulgar y trillado, y protestar en contra de los abusos y de las tiranías de todos géneros,

no tuvieron nunca la bajeza de emplear su genio en corromper las costumbres, ni mucho menos en pervertir el gusto social.

Hecha esta justificación del nombre de Quevedo, siquiera sea humilde e insignificante por ser nuestra, daremos en breves líneas, sus principales apuntes biográficos.

Nació D. Francisco de Quevedo y Villegas, en Madrid, el 26 de septiembre del año 1580; es decir, cuando ya Lope empezaba a dar precoces muestras de su claro ingenio, y Cervantes emprendía como soldado su segunda campaña en la conquista del reino Lusitano.

Hijo, Quevedo, de D. Pedro Gómez, secretario de la reina D.^a Ana de Austria, y de D.^a María Santibáñez, camarista de dicha reina, fué introducido en la corte desde sus primeros años donde llegó a comprender bien pronto y con claridad envidiable, todas las marañas, todas las intrigas que son necesarias para sostenerse al lado de las personas reales; marañas e intrigas que censuró con su franco lenguaje y ridiculizó con su sangrienta sátira; pues con su carácter altivo y su genio franco no pudo nunca avenirse a las bajezas y al servilismo, condición que, como veremos más adelante, le había de producir amargos y profundos sinsabores.

Estudió en Alcalá, y uniendo a su claro espíritu de observación, un estudio constante y aprovechado (aun en la litera en que salía iba estudiando) llegó a reunir una suma de conocimientos extraordinaria; dominando con perfección el griego, el latín, el italiano y el francés, y siendo uno de los más hábiles y experimentados políticos y diplomáticos de su siglo.

Conociendo y queriendo aprovecharse de estas extraordinarias aptitudes, llevóle consigo el duque de Osuna como secretario a la embajada de España en Venecia, que aquel magnate fué a desempeñar, y que por ser entonces uno de los cargos